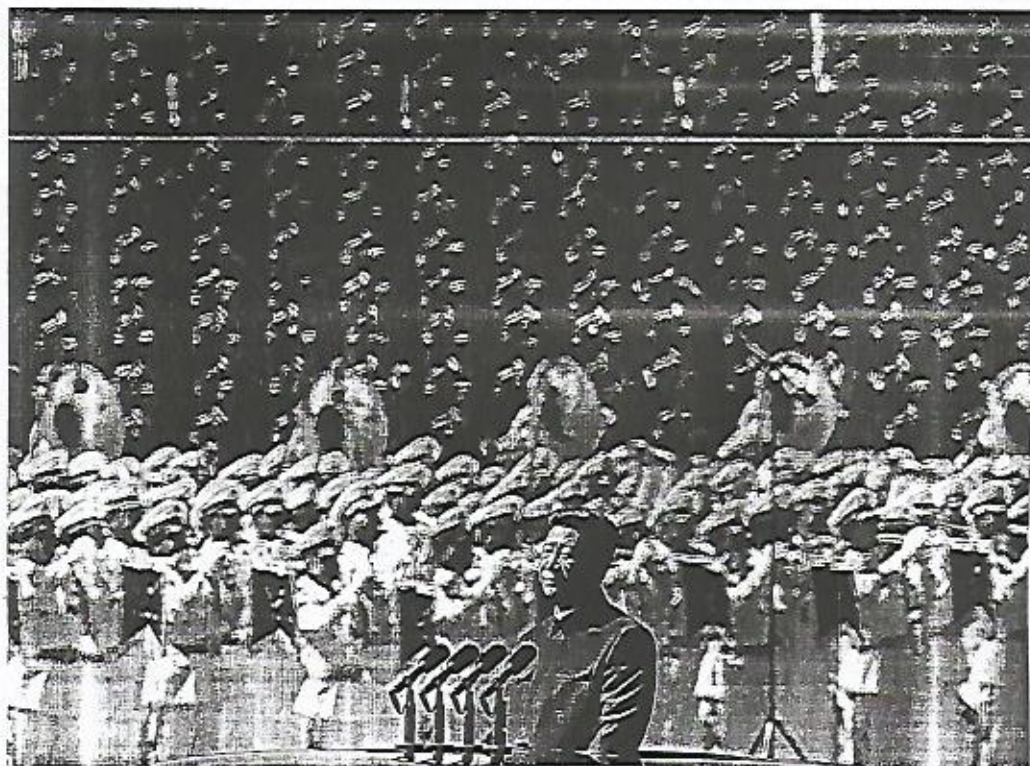


IAN JOHNSON

# China: la recreación del imperio imaginario



El presidente Xi Jinping en una revista al ejército en la plaza Tiananmen, en Beijing, durante el desfile por el septuagésimo aniversario del fin de la Segunda Guerra Mundial, en 2015 (Damir Sagolj/Reuters/Latinstock)

**Everything Under the Heavens**  
de Howard W. French,  
Knopf, 2017, 352 págs

a Asia oriental, que han esperado el momento oportuno y han ido construyendo su fuerza hasta hoy, en la segunda década del siglo XXI, cuando la afirman repentinamente?

Howard French ayuda a responder estas preguntas en un libro provocador pero de argumentos claros, *Everything Under the Heavens: How the Past Helps Shape China's Push for Global Power* [Todo bajo el cielo. Cómo contribuye el pasado a conformar el impulso de dominio global de China]. El título proviene de una frase china, *tian xia*, que se refiere a una visión histórica del mundo: China ubicada en el centro como única poseedora de la civilización, y sus vecinos mucho más pequeños en su periferia, capaces en el mejor de los casos de acercarse a esta perfección a través de la imitación. Según French, Beijing está reafirmando estas antiguas prerrogativas y estos medios de controlar a sus vecinos. La política exterior del gobierno de Trump colabora con China al rechazar alianzas y acuerdos comerciales que podrían haber ayudado a los países más pequeños de Asia oriental a resistir el arrastre chino. Pero en términos generales, el crecimiento cada vez mayor del poder chino ha resultado sobre todo de una reafirmación de visiones del mundo tradicionales combinadas con un poderío recientemente descubierto para llevarlas a la práctica.

**E**l libro de French está lleno de frases memorables, como esta:

Poco después de 2010, China inició un esfuerzo coordinado con un objetivo que, de tener éxito, constituirá la mayor apropiación de territorios que el mundo haya visto desde las conquistas imperiales de Japón en las décadas de 1930 y 1940.

Si bien al principio los lectores podrían sentir reparos ante formulaciones de

**L**a influencia de China en el mundo se ha vuelto un tema recurrente en los primeros días de la era Donald Trump. Durante su campaña, Trump describió a China (no del todo incorrectamente) como el principal malhechor de la política comercial internacional: mantiene su moneda subvaluada para incrementar las exportaciones, al tiempo que pone obstáculos a las empresas extranjeras para ingresar en su vasto mercado. Luego, tras su victoria y ya como presidente electo, a Trump se le ocurrió la provocadora idea de aceptar una llamada de felicitaciones de Tsai Ing-wen, la presidenta de Taiwán. Su intención parecía ser asestar un golpe desestabilizador a los chinos, con la esperanza de comenzar las negociaciones comerciales partiendo de una base más favorable. De manera predecible, esto produjo enojo en Beijing, que según cree debería controlar Taiwán, la

isla autónoma que las naciones occidentales, por deferencia hacia China, han excluido desde hace tiempo del reconocimiento diplomático pleno.

Pero luego de asumir la presidencia, Trump hizo un rápido giro de ciento ochenta grados. Durante una conversación telefónica que mantuvieron a principios de febrero, Trump le dijo al presidente chino Xi Jinping que su gobierno se atendería a la política de "Una sola China", una fórmula vaga que, según la interpretación china, significa que Taiwán forma parte de China. En otras palabras, el nuevo gobierno cedió. Luego, durante una visita a Beijing en marzo de este año, el secretario de Estado Rex Tillerson pareció articular todos los puntos de discusión centrales para Beijing y otorgó así a China otra victoria. El puntaje: *El arte de la guerra 2, El arte de la negociación 0*.

Una conclusión evidente es que el nuevo gobierno, como en muchos otros asuntos, se ha mostrado diletante en términos diplomáticos. Si Estados Unidos quería en verdad desafiar la ficción de que la única alternativa para Taiwán es unirse a la China continental, entonces habría sido necesaria una estrategia real y no sólo alardes. De una forma similar, el nuevo gobierno se retiró del Acuerdo

Transpacífico de Cooperación Económica (TPP, por sus siglas en inglés), que la mayoría considera favorable a Estados Unidos, sin ningún plan de resguardo. Sin sustancia alguna, las incursiones del gobierno en la política china han dejado a Estados Unidos en una posición más débil en sus negociaciones con China y con una apariencia menos confiable ante los países vecinos.

Visto desde una perspectiva más amplia, sin embargo, surge algo menos evidente y más interesante: China es en la actualidad una potencia regional tan fuerte y posee una visión estratégica tan focalizada que es inevitable algún grado de eclipsamiento de Estados Unidos en Asia oriental, sin importar quién se encuentre en el poder en Washington. La primera parte de esto es fácil de comprender: cuarenta años de veloz crecimiento económico permitieron al Partido Comunista modernizar su ejército y eso ha convertido al país en una potencia mundial en ciernes. Pero ¿qué pasa con la segunda parte, la visión estratégica? ¿Qué empuja a China a querer dominar esta parte del mundo? ¿Cuál es la ideología que impulsa no sólo a Xi y a su equipo, sino a los sucesivos líderes chinos que han mirado en dirección

**Ian Johnson** es escritor y periodista. Es corresponsal en Beijing y Berlín. En 2001 obtuvo el Premio Pulitzer. Su libro más reciente es *The Souls of China: The Return of Religion After Mao* (Pantheon, 2017).

# SU MOVIDA MÁS AUDAZ ES LA CONSTRUCCIÓN DE ISLAS ARTIFICIALES Y SU PROCLAMACIÓN COMO TERRITORIO CHINO

ese tipo, tras una reflexión estas no sólo resultan defendibles sino que pueden estar más cerca de la realidad que el enfoque de "ambigüedad estratégica" hacia China favorecido por muchos integrantes del establishment de las relaciones exteriores. Según este enfoque, deberíamos evitar extraer grandes conclusiones cuando se discuten los objetivos del gobierno chino (y los propios), porque hacerlo conduciría a disputas; es mejor patear la pelota hacia adelante antes que enfrentarse a una realidad problemática.

De hecho, algunos acontecimientos recientes sustentan la necesidad de pensar y expresarse con claridad. En los últimos años, China ha pasado metódicamente por encima de los intereses de sus vecinos con no menos brutalidad que Rusia en Europa del Este. Esto no pasó inadvertido, pero tampoco causó el mismo nivel de alarma en las capitales extranjeras. Una razón puede ser comercial: a diferencia de Rusia, China es un socio económico clave para muchos países occidentales; por ejemplo, en 2016 superó a Estados Unidos y a Francia y se convirtió en el principal socio comercial de Alemania.

Pero parte del motivo es también que las intenciones de Beijing han sido mucho más difíciles de calibrar. Es claro que Rusia quiere anclar tierras que considera su territorio histórico: Crimea, por ejemplo. Pero ¿China? Ciertos analistas sugieren que su objetivo principal no es dominar las aguas costeras que la rodean. Debe haber motivos más benignos, como los de tipo económico: sólo quiere el gas y el petróleo que se encuentran bajo esas aguas y finalmente llegará a un acuerdo para acceder a ellos.

Pero en los hechos, como señala French, los líderes de China quieren controlar esas zonas. Esto se ve confirmado por los acontecimientos recientes. En 2010, China lanzó su primera incursión enviando barcos pesqueros (peones que responden a la Armada china) hacia aguas japonesas. El objetivo era reafirmar los reclamos chinos sobre las islas Senkaku -en chino, Diaoyu-. La Armada japonesa respondió capturando uno de los barcos, en lo que se convirtió en el comienzo de una serie de amagues y estocadas entre los dos países.

Al encontrar una reacción enérgica -Japón posee la marina de guerra más avanzada de Asia oriental-, los líderes chinos rotaron hacia el sur para desafiar a vecinos más débiles, como Vietnam, Malasia y las Filipinas. Entonces comenzó su movida más audaz, que la comunidad internacional no ha sido capaz de contrarrestar: la construcción de islas artificiales y su proclamación como territorio chino.

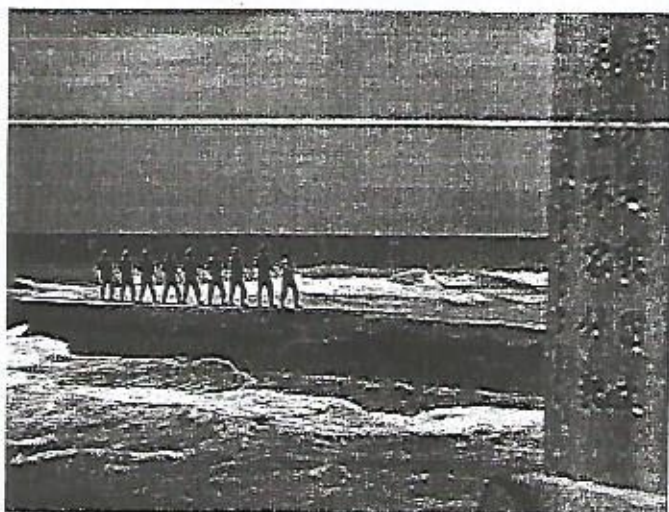
Entre 2013 y 2015 China construyó más de 1.214 hectáreas de territorio nuevo en el Mar de la China Meridional ocupando y expandiendo bancos de arena y arrecifes que se encuentran cerca de la costa filipina para convertirlos en islas lo suficientemente grandes para permitir la instalación de estaciones de radar, pistas de aterrizaje y puertos para su armada creciente. Sólo en las islas Spratly construyó 2,85 kilómetros cuadrados de nuevo territorio; las islas y arrecifes originales en esa cadena de islas cubrían en total apenas 5 kilómetros cuadrados.

Junto con esta campaña de construcción, se encuentra la nueva -llamaría despectiva sería más adecuado- interpretación de Beijing del derecho marítimo. En primer lugar, el gobierno chino violó todos los acuerdos aceptados del derecho marítimo al declarar que los arrecifes y bancos de arena formaban parte de su territorio soberano. (Estos tipos de rocas parcialmente sumergidas no pueden ser legalmente reclamadas como territorio). Luego, reclamó las aguas circundantes como zona económica exclusiva. Finalmente, declaró que las zonas de control económico son prácticamente lo mismo que las aguas territoriales, lo que le otorga el derecho de perseguir a toda nave que las atraviese. El efecto ha sido convertir el Mar de la China Meridional en el Mar Meridional de China. Esto significa que Beijing no sólo se ha convertido en el poder dominante de la región, también quiere el control de esas aguas como si se trataran de un lago interior.

Los líderes chinos no se han referido directamente a estos actos, sino que han dicho en términos amplios que sus reclamos se basan en la historia. El argumento es sencillo: como alguna vez las naves chinas navegaron allí, los bancos de arena y los arrecifes son chinos. Pero como lo expresa French:

No vale la pena analizar estos reclamos históricos como si pudieran tener algún poder jurídico. Casi todos los expertos no chinos coinciden en que reclamar aguas distantes como una "vía navegable histórica" propia no es algo que el derecho internacional o las convenciones que gobiernan el mar contemplen o permitan [...]. Merecen nuestra atención, en cambio, debido al modo en que expresan la ambivalencia china respecto del sistema internacional mismo, y la resonancia permanente de una cierta perspectiva imperial: el *tianxia*.

Esto da comienzo a la que para mí resulta la parte más interesante del libro de French: una mirada hacia los orígenes



Soldados de la Marina del Ejército Popular de Liberación patrullan en las Islas Spratly -en chino, Nánshā-, en febrero de 2016. En el cartel, se lee: "Nánshā es nuestro territorio nacional, sagrado e inviolable" (China Stringer Network/Reuters/Latinstock).

de esta idea y cómo se manifestó históricamente. French no es un determinista histórico, pero ve el avance de China hacia el sudeste de Asia como una "marcha hacia los trópicos" que comenzó hace milenios cuando la civilización china se desplazó hacia el sur desde su ubicación original en el centro-norte de la actual China hacia el río Yangtsé, y luego hacia el área que rodea las actuales Hong Kong y Yunnan. Los gobernantes y funcionarios chinos llegaron finalmente a considerar tres periferias: una zona inmediata que era posible conquistar, como la actual provincia de Yunnan y sus muchas tribus montañosas; una zona intermedia que incluye los territorios actuales de Vietnam, Myanmar y Tailandia, que se podía asimilar; y una zona más alejada en Asia sudoriental, que ocasionalmente podía ser conquistada pero estaba demasiado distante para mantener un control efectivo.

Vietnam y la población de lo que se conoció entonces como el reino de Yue fueron los que más padecieron este empuje hacia el sur. Después de perder territorio en la actual provincia de Cantón (que en China aún se conoce como Yue), los gobernantes vietnamitas cedieron en lo que hoy es Vietnam del Norte y, empujando hacia el sur, conquistaron a otros pueblos en lo que fue en esencia una versión en miniatura de la misión imperialista china. Los gobernantes de Vietnam tenían incluso un nombre de estilo chino para la vecina Camboya: "el oeste pacificado".

El último gran movimiento de China hacia el sur se produjo durante la dinastía Ming, entre los siglos XIV y XVII,

cuando envió flotas al Mar de China Meridional y más allá; las expediciones más conocidas se hicieron bajo el gobierno del eunuco Zheng He. Al igual que la Gran Muralla, las hazañas de Zheng He fueron en gran medida olvidadas en China hasta que los occidentales lo descubrieron y lo consideraron el Colón o el Magallanes chino. Los nacionalistas chinos del siglo XX se acoplaron a esto y construyeron una versión de la historia que persiste hasta hoy: que Zheng He fue un explorador pacifista que comerció con los nativos.

De hecho, los documentos históricos muestran con claridad que las naves de Zheng He no fueron diseñadas para explorar, sino para trasladar grandes ejércitos que lucharon y amenazaron a los gobiernos locales para obtener botines. Como argumenta French, esto convierte a China en un clásico imperio de la pólvora, que saqueó territorios mediante el uso de nuevas tecnologías que sus vecinos todavía no dominaban.

Lo que impidió que China controlara más firmemente estas áreas -y lo que esencialmente les otorgó su independencia actual- fue la agitación interna. La corte Ming decidió que no estaba interesada en mares remotos y, en cambio, se concentró en la presión de las tribus nómadas del norte, que finalmente conquistaron a los Ming y establecieron la dinastía Qing a mediados del siglo XVII. Los Qing tenían poco interés por los territorios que se encontraban más allá de sus costas, pero en cambio crearon un enorme imperio basado en la tierra que China posee aún hoy en su mayor parte, incluido el control sobre Xinjiang,

# CHINA PADECE DE LO QUE LLAMAN EL RELATO DEL "ESTADO FRUSTRADO": LA IDEA DE QUE FUE UN PERDEDOR EN LA HISTORIA

el Tíbet, grandes franjas de territorio históricamente mongol y el nordeste del país, regiones que no habían estado bajo un dominio chino de largo plazo hasta los Qing. (Sólo Mongolia es en la actualidad un estado independiente).

Esto le otorga a la China moderna una gran masa territorial que llega hasta las profundidades de Asia central —el equivalente, tal vez, del control que ejerce India en la actualidad sobre Pakistán, Bangladesh, Nepal y Afganistán—. Pero, paradójicamente, si bien China acabó con generosas fronteras modernas, aún padece de lo que los estudiosos llaman el relato del "Estado frustrado": la idea de que fue un perdedor en la historia. En las décadas de 1920 y 1930, escritores influyentes como Liang Qichao se lamentaban de esta pérdida. Sentían que China debería haber continuado, con todo derecho, los viajes de Zheng He y haberse convertido en un imperio marítimo.

Esto les importaba a los modernizadores de China —y a los gobernantes actuales— porque consideraban que el mundo estaba construido sobre imperios y comercio marítimos. Por este motivo, en 1947, el gobierno chino (los nacionalistas bajo el mando de Chiang Kai-shek) inventaron la "línea de los nueve puntos", una demarcación rústica de sus reclamos sobre el Mar de China Meridional que parecía haber sido trazada con tan sólo algo de descaro y un marcador mágico. Delimitaba los reclamos de China sobre todo el mar hasta la línea costera de Vietnam, Filipinas, Malasia e Indonesia, como si estos países no existieran ni tuvieran derecho a sus propias aguas territoriales costeras. Zheng He había estado allí, y eso superaba los siglos de reinos e imperios de esos países. Su historia no importaba.

Desafortunadamente, este reclamo insostenible es lo que los gobiernos sucesivos han adoptado y lo que todo niño en la escuela aprende: que ese es el territorio inalienable de China. Al principio China actuó de forma dubitativa y restó importancia a estos reclamos: a Mao no le interesaban este tipo de asuntos, en tanto que Deng fue lo suficientemente realista como para saber que el país era demasiado débil para desafiar a sus vecinos. Pero hoy, cuarenta años después de la muerte de Mao y veinte años después del fallecimiento de Deng, China es fuerte y sus vecinos están divididos y son débiles. De ahí el impulso para cumplir con la misión histórica de China y recrear el imaginario imperio perdido de Zheng He.

Como French deja en claro, estos esfuerzos no comenzaron con Xi Jinping. Ya en 2003, poco después de que Hu Jintao asumiera tras Jiang Zemin como presidente de China, Beijing



Zheng He en una ilustración de un relato de sus viajes por el "Océano occidental", ca. 1600 (British Library/Science Photo/SPL DC/Latinstock).

comenzó a trazar la cartografía submarina de las aguas costeras internas de Japón sin notificar a este país. Poco después de un año, envió un submarino nuclear a aguas japonesas. A esto le siguieron los episodios de los barcos pesqueros, que ocurrieron dos años antes de que asumiera el actual presidente.

Pero Xi ha impulsado esta visión de una forma más vigorosa como parte de su proyecto fundamental de "gran rejuvenecimiento de la nación china". En parte se trata de la recuperación de territorio perdido, pero internamente Xi también ha promovido nociones tradicionales de patriotismo e identidad. Como sus aventuras en el extranjero, estas se pueden considerar desde un punto de vista de estricta *Realpolitik* como un modo de suscitar apoyo interno en una época de crecimiento económico declinante. Sin embargo, sería una interpretación muy estrecha. En cambio, son parte de un proyecto nacional más amplio de restauración del centro de gravedad perdido de la sociedad china, un proyecto que considera al Estado no como un proveedor de servicios o derechos civiles, sino como un garante del lugar que le corresponde a China en el exterior y de los valores compartidos dentro del país.

Desgraciadamente, este es un ejercicio basado en la recreación de un mito. Los líderes chinos pueden haber imaginado que otros Estados esperaron con ansiedad las naves de Zheng He y sus dones civilizatorios. Pero los documentos sugieren que se doblegaron ante el emperador chino como estrategia de supervivencia. Y aun si Zheng He obligó a gobernantes recalcitrantes a temblar y obedecer, ese no es el fundamento de un orden internacional viable.

Esto no quiere decir que las relaciones fueran siempre malas o que estuvieran basadas sólo en la violencia y el poder. Por el contrario, la realidad fue mucho más interesante, como aprendí en una visita reciente a Singapur. Allí tuve la oportunidad de pasar algo de tiempo con el especialista en estudios religiosos chinos Kenneth Dean, de la Universidad Nacional de Singapur. Dean dedicó su carrera al estudio de los modos de organización de las sociedades chinas y se concentró primero en la vida social de las comunidades costeras chinas en la provincia de Fujian. Lo sorprendió ver cómo la vida religiosa contemporánea en esa provincia se reconstruyó después de la Revolución Cultural con una enorme ayuda de chinos que viven en Singapur, Malasia, Filipinas e Indonesia. Ellos trajeron de regreso no sólo dinero, sino también el conocimiento que se había perdido, y contribuyeron a recrear la vida ritual en esas áreas.

Esto llevó a Dean a viajar a través de los océanos para aprender más acerca de

esos vínculos con el exterior. Descubrió que esa interacción no era nueva: se ha venido realizando durante siglos y ha enriquecido enormemente la vida china. Por ejemplo, los comerciantes chinos tuvieron que deshacerse de una parte del patriarcalismo extremo de su cultura cuando entraron en contacto con la cultura malaya. Un grado mayor de emancipación para las mujeres se filtró luego hacia el interior de las comunidades costeras chinas del sur. Asia sudoriental se convirtió en un laboratorio gigante para ideas nuevas que han enriquecido mutuamente a su miríada de culturas. También ayudaron a transformar zonas como China del sur en áreas más independientes del control central, lo que les otorgó la autonomía y la flexibilidad que hoy las convierten en motores de la economía china.<sup>1</sup>

El enfoque actual de China amenaza estas redes frágiles pero fértiles. Al centralizar dentro del propio territorio y expandirse a la fuerza en el exterior, el Estado chino está sofocando el fermento cultural y las interacciones independientes que apuntalan la verdadera influencia y la innovación. Algunos países, como Tailandia, Filipinas y Malasia, se ven tan abrumados por el repentino dominio chino que hoy sus líderes serviles están ansiosos de conciliar a cualquier costo. (French escribió su libro antes de la elección de Rodrigo Duterte como presidente de Filipinas, pero la incapacidad del país para lidiar con China ya estaba tan clara que lo que escribe es sobre el fracaso de la clase política filipina).

Mucho más sabia sería una China con un enfoque de no intervención en relación con estos países y vías fluviales. Dado su tamaño, inevitablemente dominará la región, pero lo puede hacer de una forma más magnánima —y, posiblemente, con un mayor beneficio estratégico—, por ejemplo, explorando en forma conjunta en busca de gas y petróleo y declarando que los islotes y arrecifes se encuentran bajo jurisdicción internacional o alguna forma de jurisdicción conjunta, en lugar de impulsar una línea dura de soberanía y grandezta nacional propia del siglo XIX. Esto podría ayudar a conducir a un nuevo tipo de *tianxia*, en el que las personas sean iguales bajo el cielo, en lugar de ordenarse jerárquicamente bajo nuevos emperadores y caciques. ■

1. Estas ideas se desarrollan con mayor profundidad y sofisticación en K. Dean, "Ritual Revolution: Temple and Trust Networks Linking Fujian and Southeast Asia", en *Cultural Diversity in China*, vol. 1, N° 1, 2015.